

Tomás  
Salvador

K

(KILLER)



«K» completa la trilogía de Martin Lord iniciada con «Y...» y continuada con «T». La acción se traslada ahora a los EE.UU. de América (Okefenokee, en el argot de los mismos yanquis) y nos introduce en un mundo alucinante: «runeways», «Tinajeros», sexo, violencia, ambiciones políticas y, centro de todo, la GranHijamadre, la Computadora destinada por la ambición política a convertirse en rey, Papa, presidente, legislativo y ejecutivo, todo en una pieza. Y los EE.UU. son el Gran Guiñol donde tiene lugar el «ensayo con todo».

El futurismo histórico que comencé en las dos novelas anteriores, adquiere caracteres definitivos en «K», K de «killer», asesino (porque Lord, por primera y única vez en su vida, se convierte en asesino) y yo mismo estoy asustado de la carga premonitoria que contiene esta novela. En dos planos, distintos pero complementarios, el visible y el oculto, «K» se va desarrollando como una profecía apocalíptica. ¿Dicen que la novela ha muerto? ¡Ja...! Ahora comienza, hacia el futuro: y creo que esta trilogía será una pieza fundamental». (Tomás Salvador)

*A Mario Lacruz, que me obligó a ser  
nuevamente un novelista.  
Con mi gratitud y mi afecto.*

## PRIMERA PARTE

### OKEFENOKEE

*Dadme vuestros ruines, vuestros pobres,  
vuestros cansados.*

*El humano desecho de vuestras playas llenas.*

*Versos en el pedestal de la estatua de la Libertad.  
Ellis Island. Nueva York.*

---

## PROGRAMACIÓN «K» ORDEN: 01

K.37.245. Sentenced to Death 21 [vuelta a link 3.º en epílogo]

MARTIN M. LORD

*Especial. Garantía Gran Computadora*

*Base en relación a declaración 0,2  
acusado*

*Base declaración testigos 5,0*

*Base evidencial lectocerebrales 9,0*

*Base motivaciones 0,3*

*Base evaluaciones psicomotrice 3,7*

*Base probabilidades 9,2*

*Base antecedentes 0,4*

*Base estadística positiva 10,0*

*Base estadística negativa 10,0*

*Base fiscal 10,0*

*Base defensiva 1,3*

*CULPABLE: Aplíquese tablas de la Ley  
en Grado máximo.*

EVIDENCIA PREVENTIVA: *Fuera de serie.*

---

El preso frotó sus ojos, continuamente irritados por la tremenda iluminación, que no cesaba ni de día ni de noche. El reglamento prohibía tumbarse en la cama, salvo en las horas destinadas a ello, que, presumiblemente, eran las nocturnas, aunque eso no tenía importancia, porque el preso no tenía noción del día o de la noche, ni, tampoco, de los reglamentos. ¿Qué más podrían castigar que con la pena de muerte en una galería destinada a los condenados a muerte? Tenía que dormir, o descansar, o perder el sentido, o volverse loco, pero con las manos fuera o boca arriba. En eso eran rigurosos. Los monitores de televisión se encargaban de ello. No cesaban, veinticuatro horas de cada veinticuatro, de enviar sus imágenes a la oficina de vigilancia. Una descarga eléctrica echaba fuera del camastro al olvidadizo. Y vuelta a empezar: a frotarse los ojos, a sentarse con la cabeza entre las manos, a desear con todo el alma romper aquella luz de invisible foco, pero que lo llenaba todo, que ni siquiera dejaba sombras. Por lo demás, la ley era piadosa; la celda, limpia y brillante como el cuarto de una clínica de lujo; la comida, sana y abundante. Tenía hasta un lápiz antiguo, de grafito, proveniente de un museo, a menos que los fabricaran expresamente para los condenados a muerte, y papel, todo el que quisiera, blanco, esperando el recurso, el test siempre inacabable del psicólogo de turno, la confesión, el testamento, el dislate, el dibujo obsceno, la blasfemia o el grito de piedad. El médico chequeaba cada semana, la ropa olía a desinfectante aromatizado marca «Delicia del bosque antiguo», el inodoro podía convertirse en un cómodo sillón en el que estaba prohibido

sentarse, y el agua estaba fresca, siempre a punto de calmar una sed que no se calmaba nunca. ¡Oh!, sí, los treinta y dos alojados en la Galería de la Muerte eran huéspedes distinguidos, salvo que no tenían leyes, sino Reglamentos; ni amigos, salvo abogados; ni deberes, salvo esperar. Se decía que los circuitos de televisión interna, conectados con la Oficina de Vigilancia interior, no tenían sonido. A los vigilantes no les interesaba el sonido, o quizá se habían aburrido de insultos, o rezos, o gemidos absurdos de animales atrapados. El preso, muy adicto a los soliloquios, nunca había recibido señales, positivas o negativas, a sus imprecaciones. El preso, a veces, gritaba para que el sonido le pusiera firme en un lugar de equilibrio humano. Ni siquiera se esforzaba en hablar de forma inteligible. Le bastaba con el sonido. Hubo de reconocer que sin las pausas, las cesuras, los acentos, el lenguaje humano se diferenciaba muy poco del puramente animal. Por lo demás, estaba cansado, atrocemente cansado, siempre cansado. También se decía que a los condenados a muerte se les administraban piadosas drogas para mantenerlos en la inercia de una estupefacción parecida a la estupidez. Pero, ¿qué importancia tenía aquello? Aunque simplificadas, las leyes tenían recovecos suficientes para que un abogado listo fuera poniendo piedrecillas a la máquina de matar durante meses, años quizá. Dos o tres veces al mes, la máquina funcionaba. Nadie sabía cómo, pero funcionaba. No se veían desfiles, ni se escuchaban lamentos; pero sucedía, y eso era todo, y todos lo sabían porque la muerte tenía esas bromas: soplaba fuerte, fríamente, en el corazón de cada uno de los que esperaba. Y la cochina, sucia naturaleza de cada cual, hasta se alegraba por no haber sido él, uno mismo, el causante del soplo. Aquel día nadie probaba la comida, y un riguroso comité acudía a visitar a los presos, para indagar si declaraban la huelga del hambre o simplemente la máquina cocinera había puesto demasiado tomate en la salsa. Al preso le gustaban las visitas de aquel comité, porque eran perso-

nas y hablaban, y escuchaban, e, invariablemente, les decía: «Sí, tengo una queja. La carne tiene gusanos. Unos gusanos pequeñísimos, vermes, si ustedes me permiten el lenguaje científico. No, no viene así de la cocina. Se contagia cuando la toco. Es mi propia carne la que está llena de gusanos. Miren ustedes esta mano... ¿No ven un verme en cada poro? Estamos podridos, somos carne muerta e insepulta desde hace meses. Y hasta los gusanos se aburren, y se marchan. Y ahora, por favor, díganme, ¿hay nieve todavía en las montañas Rocosas? ¿Se pintan el ombligo de azul las muchachitas de Berkeley University? ¿Tienen un cigarrillo de hierba? ¿No? Pues váyanse a tomar por el culo». Y se iban, y volvía la luz sin sonido, y el dormir esperando la divertida descarga eléctrica que por lo menos sacudía la modorra. A veces, el preso se masturbaba para que el vigilante del monitor se escandalizara, ignorando, o queriendo ignorar, que aquello tenía absolutamente sin cuidado al hijo-madre de turno, que cosas mucho peores había visto, o tenía sobre la conciencia, o había ignorado. Posiblemente, hasta la necesitaban para poder continuar vigilando a aquellos ex hombres, cerdos insignes que habían destruido con sus bestialidades el derecho a la convivencia social. El preso se reía a veces con tales pensamientos. Largo tiempo ha, alguien le calificaba, a falta de otras virtudes, como tremendamente humano. Pero no se molestaba mucho en ello, en meditar sobre tales cosas. Estaba cansado y tenía miedo.

---

## PROGRAMACIÓN «K» ORDEN: 10

THOMAS J. SCOTT. K-3381. Sentenced to Death 20

*41 años; arrestado tras dar muerte a cuarenta y tres personas con un rifle de largo alcance y mira telescópica en el «campus» de la Universidad de Atlanta. Confeso. Se declaró Gran Ministro de la Liberación Carnal. A muerte.*

PREGUNTA BASE: ¿Por qué lo hiciste?

CONTESTACIÓN Esos tipos estaban  
«K»: atados y había que  
soltarlos, ¡soltarlos!,  
¡soltarlos!

---

Woodstock, junio, 17 de 2071.

General Cristoforus Mattingly.

City Of Westminster.  
LONDRES.

Querido Cris: Hace miríadas de años que no tengo noticias tuyas. Directas, se entiende. Indirectas, el viejo león de los Marlborough, decimosegundo hijo madre y abuelo de mi insignificancia, dejó caer el otro día que habías ascendido a general. Ignoro si te sigues moviendo a la sombra de las sombras oscuras o van a poner una división a tu disposición. Por las dudas, te escribo a tu apartamento cabe el Támesis, con la esperanza de que lo conserves. El apartamento donde un día me diste calabazas, con el pretexto de que ya no estabas para cuidar mocosas. Naturalmente, como me declaré sin convicción, acepté sin convicción tu negativa, aunque me enfadó mucho el que ni siquiera intentaras violarme. Sólo he conocido otro majadero mayor que tú: el tipejo infecto que abandonamos en Francia. ¿Sabes dónde se encuentra? Pero, no creas que me estoy interesando por él. Estoy prometida a un «Sportman» que monta muy bien a caballo, de modo que no seas mal pensado. Lo que yo quería era felicitarte por tu ascenso y de paso invitarte a un week end en esta casona, donde me aburro soberanamente, ayudando a mi primo Randolph a preparar su credencial para los Comunes. Te espero.

Siempre tuya,  
MANUELA

Londres, 20 junio 2071.

*A Miss Manuela Howard Spencer Crurchil*  
WOODSTOCK MANOR.

Darling Manuela: Me resulta imposible aceptar tu invitación. Resulta que un ministro, o algo parecido, de la Commonwealth, se ha dejado matar, poniéndose delante del punto de mira de un rifle anticuado, pero muy efectivo. No debería divulgar estos secretos, pero lo hago, aunque debes guardarme el secreto. No sé nada de ese tipejo, que creo recordar se llamaba Martin Tristón. ¡Oh, ya sé que me lo preguntas sin mayores intenciones!. Y de la misma forma te contesto. Incluso pensaba que tú tenías mejores noticias que yo. Al fin y al cabo, aparte tu apellido y algunas libras ahorradas, tienes entre las piernas algo que yo no tengo. Pero, basta ya de hablar de esa insignificancia. ¿Por qué no vienes tú a mi apartamento? Recuerda, la consigna es: «Sésamo, ábrete». Hasta es posible que te viole.

Tuyo,  
CRIS MATTINGLY

Woodstock Manor  
2 julio 2071.

a Cris Mattingly.  
LONDRES.

Querido Cris: Han pasado unos días, y cada vez encuentro más sugerente tu propuesta. Pero sigue resultándome imposible. Resulta que debo

hacer el papel de dama victoriana, tomando el té todas las tardes con las damas de la localidad. No todas a la vez, claro, sino ocho o diez en cada turno. Mi sonrisa es tan exquisita, que la boca ya me llega de oreja a oreja: «¡Oh, señora Middleton! ¿Cómo puede usted decir eso? ¡Pero si ese vestido le sienta maravillosamente!». «Usted me ha entendido perfectamente, señorita Wilson; ningún hombre político puede permanecer soltero...». Efectivamente, recuerdo ahora que el tipejo se llamaba Tristán<sup>[1]</sup>, parece ser que por razones bastante convincentes, a las cuales tú mismo no eres ajeno. La verdad es que me gustaría invitarle a mi boda, aunque en tu retorcida mente se cuezan otros pensamientos. ¿Todo ese tremendo aparato legal tuyo, o que tú usufructúas, no te permitiría una gestión discreta? Para hablar de cosas más serias; puedo decirte que mi yegua Oriental ha parido un hermoso potro color azabache, algo bastante raro considerado que la madre era alazana, y el padre, pío. ¿Qué dicen a eso las leyes genéticas?

Tuya,  
MANUELA

P. S. Pensándolo bien, es posible que este próximo sábado tonto me deje caer por tu estudio. Vale.

A MANUELA, *en mi casa*  
6 julio 2071.

Querida Manuela:

Te dejo esta apresurada nota. Otro tipejo, presidente ahora de una República sudamericana, adscrita a la Mancomunidad de Naciones, se ha dejado matar por una bala a larga distancia. Mis superiores (ya sólo hay dos) creen que debo conocer los hermosos paisajes al sur del Orinoco, olvidando que ya los conozco. «Fiel, pero desdichado». Tu sugerencia sobre el tipejo es un poco prematura. Una vez le oí decir que le gustaría ser el chulo de una impúber china en Romilly Street. ¿Por qué no investigas por tu cuenta? Los servomecanismos tienen orden de obedecer en lo que quieras, salvo hacerte daño. No abusos del «Chivas 40 years». Sólo existen cincuenta botellas, y diez están en Buckingham.

Tuyo,  
CRIS MATTINGLY

A CRIS (*en su casa*) 6 de julio.

Eres un snob insoportable. Para castigar tu ausencia, he vertido la botella de marras en el fregadero. Bien, ocúpate de esas gatadas de asesinaditos y top secret. Y deja a los amigos que se pudran. El deber y todo eso... ¡Que te parta un rayo!

Tuya,  
MANUELA

P. S. Me ocuparé de las impúberes chinas cuando haya visto en el Oxford lo que significa eso. — Vale.

---

## PROGRAMACIÓN «K» ORDEN: 11

MARCUS F. WALLACE. K-245S. S. to D. 19[vuelta a link 2.º  
en epílogo]

*Maníaco sexual, pederasta. Convicto  
abusos, tortura y muerte de catorce mucha-  
chos en Sacramento. A muerte.*

PREGUNTA BASE: ¿Por qué lo hiciste?

CONTESTACIÓN No me pueden  
«K»: comprender, ¡no  
pueden! Era mi forma  
de gozar. A ustedes les  
es más sencillo, creo...

---

Las luces parpadearon, imposible suceso que sin embargo sucedía y que solamente unos ojos, muy ejercitados en vigilar la vibración de sus ondas, podían apreciar. Era algo que podía atribuirse a un contacto, una puerta abierta, a unos pasos sobre la placa de hierro del pasillo, a un golpe en los barrotes. Refracción del espejo, o algo así. Algo había sucedido o iba a suceder.

Sucedió. Dos graves personajes, en mangas de camisa, sin más armas que una porra de metal que despedía descargas eléctricas paralizadoras, se detuvieron ante la entrada de la celda.

—¿K-treinta y siete, dos, cuatro, cinco; D-veintiuno?

Se lo repitieron tres veces, no porque no lo supieran, porque maldito si podrían ignorarlo, sino porque era reglamentario. El preso tenía que contestar. Era su número, el asignado por la computadora, el que servía de referencia en el archivo, el que llevaba estampado en la camisa.

—El señor ha salido —murmuró.

Uno de los vigilantes alzó una mano y las barreras cedieron silenciosamente, y luego de abrirse, ambos se colocaron a ambos lados. Tardó en comprender aquello. Le invitaban a salir, le esperaban para escoltarle, no entraban por él, ni le sacudían con sus espulgaperros.

—El señor ha llegado —dijo, entonces, todavía indeciso.

—Síguenos...

—¿Por favor...?

—Desde luego. *Please*, Sir.

—El Macmac<sup>[2]</sup> es inglés, seguro —dijo el hasta entonces silencioso.

—Algunos hasta tienen esa desgracia —retrucó el otro, sin acrimonia.

Asombrado, el preso hizo un gesto zafio, dedicado al objetivo del televisor, y avanzó hacia la puerta abierta, imán de tantos sueños. Si esperaba que se le cerrase en las narices, se equivocó. Permaneció abierta, y el preso indeciso se permitió avanzar hasta la mitad del pasillo. Desde allí, hacia delante, vio un largo pasillo con recodo al final, sin sombras, bajo la misma fatigante luz. Hacia atrás, el mismo panorama. Ninguna persona o máquina a la vista. Trató de asimilar lo que sucedía, y no pudo. Titubeó y volvió sobre sus pasos.